

Es obvio que algo marcha mal en esta concepción del teatro. Para un teatro así no habría Días Mundiales del Teatro, ni se encargarían mensajes en los que se hablase de la explotación y de la guerra, ni tales mensajes aparecerían como uno de los objetivos fundamentales de la creación de esos anuales Días del Teatro.

Para muchos españoles, la fiesta en cuestión debiera ser —debe ser— una evidenciación de los estrechos conceptos que dominan en nuestra vida escénica. Miguel Angel Asturias —como antes Miller, y otros ilustres escritores elegidos para redactar el mensaje anual— no han hecho sino recordarnos cuál es la razón última del teatro, su función más noble, lo que le garantiza su supervivencia como fenómeno cultural.

El teatro es —sea a través de la vía chejoviana de un Stanislavski, sea a través del teatro épico, sea a través de las formas de Artaud, sea según la imagen descompuesta de un Beckett, sea a través de la argumentación dialéctica de un Miller o un Sartre...— siempre una reflexión colectiva, practicada a unos u otros niveles del hombre, resultado de unas u otras coyunturas, entendida como un encuentro en-

tre el hombre y sus imágenes. El teatro es un modo de desdoblarnos, de contemplarnos —desde nuestra butaca— en tanto que seres objetivados dentro de una desesperación, una inmovilidad, un progreso, una regresión o una revolución.

De ahí esta radical inserción del teatro en la marcha de la historia. Más aún: el teatro siempre es historia. Aunque muchas veces sea la historia del miedo a la objetivación, la historia de la resistencia a ver sobre los escenarios la imagen de nuestras complicidades.

Crear un Día Mundial del Teatro es tanto como querer recordarle al mundo lo que el teatro es. Y, por lo tanto, evidenciar lo que, tantas veces, el teatro se niega a ser.

Bien está que, en cada país, se celebren actos, conferencias, coloquios... Y que las localidades sean ese día más baratas. O sean totalmente gratuitas en los teatros nacionales.

Todo se queda, sin embargo, en la cáscara de la conmemoración si el Día Mundial del Teatro no sirve para que todos comprendamos que el teatro debe tener una carga de humanismo y libertad hoy difícilmente toleradas por las diversas formas de la intransigencia y la automatización. ■ J. M.

PABLO PICASSO

El artista y su modelo

Hace unos años, una muchacha de diecisiete, Sylvette, se hizo famosa en el mundo entero por haber posado para una serie de cuadros de Picasso. Su cola de caballo se impuso. Hoy, sin embargo, nadie se acuerda de Sylvette. Nadie la reconocería por la calle. Picasso, naturalmente, perdura, y perdurará siempre. Viene esta reflexión, aparentemente gratuita, a cuento del film que acaba de estrenarse, con doce años de retraso, gracias a la nueva modalidad de exhibición de las salas especiales. «Le mystère Picasso» hizo correr mucha tinta en su momento. Su realizador, Henri-Georges Clouzot, gozaba entonces de un presti-

gio que luego ha ido paulatinamente perdiendo. Estaba aún fresco el recuerdo de «El salario del miedo» y «Las diabólicas», que, sin ser sus mejores films, sí fueron los más populares. Y no se había olvidado el excelente «Quai des Orfèvres», estrenado en España en una versión mutilada y casi incomprensible con el título de «En legítima defensa». El cine francés se mantenía en un compás de espera, como si aguardara la casi inminente aparición de la «nouvelle vague». Y la «qualité» se equiparaba a «culturalismo». En este estado de cosas es lógico que la expectación en torno a «Le mystère Picasso» fuera grande, así como su repercusión en

PICASSO Y CLOUZOT



art buchwald

LA AMISTAD Y LA POLITICA

WASHINGTON.—Tan pronto como el senador Eugene McCarthy ganó el 42 por ciento de los votos en las elecciones primarias de New Hampshire recibió una llamada telefónica del senador Robert Kennedy, de New York, quien le dijo:

—Ganamos.

—¿Cómo es eso? —contestó McCarthy.

—Les ganamos, Gene, y quiero decirle que nunca olvidaré el papel que usted ha desempeñado.

—Gracias, Bobby.

—No me de las gracias. Ethel y yo estábamos en la sala analizando cosas —lo hacemos el jueves, porque es el día libre de la sirvienta— y de pronto ella me dijo: "¿Por qué no llamas a Gene McCarthy? Hace tiempo que no le hablamos". Y pensé, analizándolo, que tenía razón. Y le llamé...

—Me gusta hablar con usted, Bobby.

—Y a mí más con usted, Gene. Dígame, ¿cuáles son sus planes ahora?

—Creo que voy a lanzar mi nombre en las primarias de Wisconsin, Oregón, Dakota del Sur y Minnesota.

—Buena idea, Gene. Ya sabía yo que Ethel estaba equivocada.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que ella me dijo que usted parecía cansado y que creía que el esfuerzo de las primarias le estaba afectando. Yo dije que usted estaba muy bien de salud para su edad y no desearía renunciar ahora. Tal vez fueron las luces de televisión las que le hicieron tener tan mal aspecto.

—No estoy cansado en absoluto, Bobby. En realidad, estoy muy satisfecho. Creo que puedo enfrentarme a Johnson en la convención de agosto. Y deseo que sepa, Bobby, que si triunfo usted puede ser mi secretario de Justicia.

—Es usted muy amable. Ahora hablemos en serio un minuto, Gene. Si usted quiere luchar por la candidatura después de su triunfo en New Hampshire, las gentes dirán que es usted un oportunista, le acusarán de dividir el partido demócrata. No me gustaría que se dijeran cosas así de usted. Mis amigos han estado analizando lo que podríamos hacer por usted y creo que han llegado a una solución. Si yo me presento a las elecciones primarias como una cortina de humo, yo seré el atacado, y si tengo éxito puedo darle mis delegados en Chicago.

—Pero, Bobby, yo me preparaba para entrar en las elecciones primarias. Eso me proporcionaba una excusa para no asistir a esas aburridas reuniones de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado...

—No quiero obligarle a hacer nada que no desee. No le estoy rogando que se eche a un lado. En lo que a mí respecta, puede hacer lo que quiera.

—No es para ponerse así, Bobby.

—Todo lo que le digo es que si soy suficientemente hombre para reconsiderar mi posición, usted debería tener la decencia de reconsiderar la suya.

—Lo haré si lo desea, Bobby, pero sigo queriendo presentarme a las elecciones primarias...

—Ya le dije a Ethel que no tenía objeto llamarle. Debiera haber analizado esta llamada antes.

(Copyright 1968, The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service-Agencia Zardoya.)